



## PRÓLOGO

DOS CHICAS Y UN CHICO ESTABAN PARADOS SOBRE la nieve en la ladera de una montaña. La nieve les llegaba hasta las rodillas. Miles de arcoíris resplandecientes se elevaban sobre ellos. Más abajo, un mar congelado brillaba como un zafiro gigante.

La joven más baja tenía rizos de color rubio rojizo que ondulaban como un halo alrededor de su cabeza, y hoyuelos que adornaban sus mejillas incluso cuando no sonreía.

Estaba de muy mal humor.

—¿Estás seguro de que es verdad? —preguntó.

—No. Inventé todo solo para arruinarte el día —suspiró el chico. Era su hermano menor, lo cual explicaba muchas cosas.

La otra joven, que tenía cabello crespo de color castaño oscuro y un rostro pálido y serio, no dijo nada. Estaba pensativa y presionaba un dedo sobre su labio inferior.

La de cabello rubio rojizo se sonó la nariz con fuerza.

—Nunca creí que las cosas llegarían tan lejos. Es aterrador.

—Sí —admitió su hermano—. ¡Pero lucharemos!

—¡Claro que lucharemos! ¿Cuál es el nombre de esta malvada terrícola?

El chico tomó una hoja de papel de su bolsillo y lo examinó.

—Nicola —respondió—. Nicola Berry.



NICOLA BERRY TENÍA UN PROBLEMA.

Necesitaba hacer una llamada de larga distancia.  
Una llamada de *extrema* larga distancia.

Tenía que hablar con alguien que vivía en otro planeta.

Desafortunadamente, siempre que su madre revisaba los gastos del teléfono, emitía un sonido que parecía como si una espina de pescado se hubiera atascado en su garganta. Si llegaba a ver una llamada *intergaláctica*, Nicola temía que dejara de respirar de inmediato.

Consideró una y otra vez su problema, mientras rebanaba una banana y la mezclaba con el cereal del desayuno. La casa estaba tranquila y en silencio, y el sol de verano se deslizaba lentamente por el suelo de la cocina. Era sábado por la mañana y su hermano y sus padres aún dormían. No despertarían hasta después de algunas horas y, cuando lo hicieran, se frotarían los ojos y dirían cosas como: “¿Ya te despertaste? ¿Por qué?”.

Mientras comía su cereal en la mesa de la cocina, Nicola estudiaba el recorte del periódico que su papá había pegado en una pizarra.

El titular decía lo siguiente:

**¡NICOLA Y SUS AMIGOS  
SALVAN AL MUNDO!**

Frunció el ceño. Aún le parecía extraño ver su nombre en el periódico. Nicola leyó el primer párrafo del artículo una vez más.

Días atrás Nicola Berry y un grupo de jóvenes amigos —a los que ella se refiere como “Brigada Espacial”— aceptaron una desafiante misión intergaláctica: eliminar a una alienígena horriblemente malvada (la princesa Petronella) que había quedado a cargo del planeta Globagascar, mientras sus padres se encontraban de vacaciones. La joven y consentida princesa había ideado un despreciable plan para destruir nuestro planeta. Afortunadamente, Nicola y sus amigos descubrieron sus intenciones, viajaron a Globagascar en una nave espacial y secuestraron a la princesa de su habitación en el palacio... Ahora la princesa Petronella está muerta y la Tierra está a salvo gracias a los esfuerzos heroicos de la “Brigada Espacial”.

El reportero del periódico había tenido información errónea. Nicola y la Brigada Espacial habían secuestrado a la princesa y la habían *convencido* de no destruir la Tierra, pero ¡no la habían matado! Ella estaba sana y salva en su planeta.

De hecho, estaba más viva que nunca, según lo que le contó en su último *glexto* (un e-mail intergaláctico

enviado desde la superavanzada máquina del Palacio de Globagascar, que viajó por todo el espacio exterior y el ciberespacio hasta la vieja computadora de la familia Berry en la sala de estar). La princesa le decía en ese glexto que su nuevo pasatiempo era el kick boxing y que pasaba horas practicándolo con sus pobres guardias.

Sin dudas, viajar a Globagascar y secuestrar a la princesa Petronella había sido la cosa más aterradora que Nicola jamás había hecho. Como era de esperar, muchas personas asumían que ella no tenía prisa de volver a viajar al espacio. “Tal vez quieras acostarte, levantar los pies, comer palomitas de maíz y mirar la tele durante los próximos veinte años, ¿no, Nic?”, le había comentado su papá con esperanza.

Poco sabía él que Nicola, de hecho, ansiaba poder embarcarse pronto en una segunda misión intergaláctica con la Brigada.

Bajó la cuchara y tomó un papel blanco y arrugado de su bolsillo, y lo leyó por la enésima vez

Querida Nicola:

Llegó a mi conocimiento que usted es la líder de una brigada de libertadores intergalácticos altamente entrenados y que acaba de salvar a un planeta llamado TIERRA.

Nuestro pequeño pero exquisito planeta está enfrentando un grave peligro de extraña naturaleza y nos gustaría contratar sus servicios. El pago será generoso y delicioso.

Si están disponibles e interesados en aceptar una nueva misión, por favor no duden en comunicarse a este número: 90285608248450934250890518089123.

Esperamos con mucho entusiasmo su pronta respuesta,

COMANDANTE EN JEFE  
PLANETA SHOBBLE

Miró nerviosa el teléfono. Si no se apuraba y llamaba, el comandante podría encontrar a otra brigada de “libertadores intergalácticos altamente entrenados”.

Claro, la verdad era que los miembros de la Brigada Espacial no estaban “altamente entrenados”.

Nicola sintió miedo mientras pensaba en las palabras “grave peligro”. Si algo le pasaba a su equipo, sería culpa de ella. Todo el mundo la odiaría. No sería invitada a otra fiesta por el resto de su vida. ¿Por qué aún consideraba la propuesta? Colocó una mano sobre el papel, lista para desgarrarlo en pedazos, pero luego se quedó atrapada por la promesa de que el pago sería “generoso y delicioso”. Sonaba tan tentador.

Su bisabuela cumpliría cien años en unos días y Nicola quería encontrar el regalo perfecto. Después de todo, no mucha gente lograba vivir todo un siglo. Si les pagaban con algo delicioso, ella se lo podría entregar a su bisabuelita. “Esto es algo que te traje del espacio exterior”, podría decirle con un tono casual.

¿Qué debería hacer?

Se llevó una mano hacia la frente con fuerza.

—Es obvio —se respondió a sí misma.

—¿Qué es obvio? —preguntó una voz, y Nicola se asustó tanto que saltó de su asiento y golpeó el tazón de cereal con el codo.



—¿QUÉ ESTÁN HACIENDO USTEDES DOS? —PREGUNTÓ Nicola.

Era como si sus mejores amigos, Katie Hobbs y Tyler Brown, se hubieran materializado de la nada. Estaban parados frente a ella con gafas de sol y gorras, y llevaban toallas de playa sobre sus hombros.

Katie se abalanzó hacia adelante y tomó el tazón de cereal antes de que cayera al suelo.

—Creímos que te gustaría venir a nadar con nosotros —dijo. Llevó el tazón al fregadero y lo lavó.



–¿Qué estabas leyendo? –le preguntó Tyler.

–Léelo –respondió Nicola dándole el papel a su amigo–. Tú también, Katie.

La chica se acercó a Tyler y leyó la carta por detrás de su hombro.

Tyler terminó primero y levantó la vista. Sus ojos brillaban por detrás de sus gafas y sus orejas se tornaron rosadas.

–¿Cuándo vamos? ¿Ya llamaste al comandante? Ah, todo esto es tan... ¡no puedo pensar en una palabra que sea tan buena!

–¿Grandioso? –sugirió Nicola.

–¡Sí, grandioso! ¿Qué opinas, Katie?

–Ehm... –musitó su amiga, mientras se colocaba un mechón de pelo sobre el hombro y masticaba una de las puntas–. Sí, puede ser.

–¡Genial! –exclamó Tyler–. Entonces, debemos apresurarnos.

–Un segundo –respondió Nicola mirando fijo a Katie–. Quiero saber lo que *realmente* opina ella.

Katie se echó el pelo hacia atrás y se mordió el labio. Tomó un trapo del fregadero y comenzó a restregar con furia la mesada de la cocina.

–Es solo que...

–¿Qué? –dijo Tyler.

–Es que dice “grave peligro”.

–No tenemos que hacerlo –repuso Nicola.

–Quiero hacerlo, pero no quiero –dijo Katie–.

Nuestra primera misión fue lo mejor que me pasó en la vida, pero también lo peor. ¿Tiene sentido?

–Sí –respondió Nicola.

–No –respondió Tyler.

–No importa –continuó Katie–. De todos modos, no tenemos opción... ¡Nos necesitan! *Tenemos* que hacerlo. ¡Los habitantes de este planeta “pequeño pero exquisito” dependen de nosotros!

Nicola se sintió culpable. En lo único que ella había pensado era en lo divertida o aterradora que resultaría la nueva misión. Asintió y frunció el ceño, como si estuviera completamente preocupada por Shobble.

–Lo sé –dijo–. Es una gran responsabilidad.

–Entonces, ¿qué quisiste decir con eso de que era obvio? –le preguntó Tyler.

–Llegué a la conclusión de que deberíamos hacer una votación –respondió ella–. Debe ser unánime. Todos los miembros de la Brigada tienen que querer ir.

–Bueno, Sean seguro querrá –opinó Tyler con confianza.

–Es verdad –concordó Nicola. Su hermano mayor había tenido problemas para adaptarse a la vida normal en la Tierra después de su última misión. Ansiaba otra aventura–. Probablemente hasta se queje de que no sea lo suficientemente peligrosa.

–¿Qué hay de Greta? –preguntó Katie.

–Ah, ¿ella aún es parte de la Brigada? –preguntó Tyler–. Quiero decir, nos engañó para que la aceptáramos.

–Pero también nos ayudó con algunas cosas –admitió Nicola. Tiempo atrás, Greta había sido la peor enemiga de Nicola y aún no era su persona favorita,

pero no parecía justo dejarla afuera después de todo lo que habían atravesado juntas.

—No fue *tan* mala —comentó Katie—. No era su intención ser mandona y competitiva. Me agradó un poco al final.

—Sí... —respondieron Nicola y Tyler, dubitativos. Algunas veces Katie exageraba con eso de ser buena.

—Y luego está Shimlara —dijo Katie.

Shimlara era del planeta Globagascar. Fue gracias a su papá, Georgio Gorgioskio, el presidente del comité “Salven a los pequeños terrícolas”, que Nicola descubrió el terrible plan de la princesa Petronella. Shimlara se había convertido en amiga de ellos y también en parte de la Brigada Espacial cuando se ofreció a ayudarlos a secuestrar a la princesa. Era casi una terrícola más, excepto que medía unos dos metros (la gente de Globagascar era casi el doble de alta que los terrícolas) y podía leer la mente (¡una habilidad muy útil!).

—Querrá ir —respondieron los tres al unísono.

—Parece que ya sabemos cuál será el resultado de la votación —dijo Tyler.

Nicola tomó el papel nuevamente.

—Aún tengo que llamar al comandante. ¿Cuánto costará llamar a otro planeta?

En ese instante, Sean entró a la cocina bostezando mientras se frotaba los ojos.

—¿Qué hacen despiertos *tan temprano*? —preguntó, tal como Nicola lo había anticipado. Abrió el refrigerador y se quedó parado allí unos segundos antes de voltear lentamente—. ¿Acaban de decir algo sobre llamar a otro planeta?

—Sí —le respondió Nicola sacudiendo la nota frente a él—. Puede que la Brigada Espacial tenga otra misión.

—¿Qué? —Sean cerró la puerta del refrigerador con fuerza y le quitó el papel de la mano. Lo leyó rápidamente—. ¡Sí! ¿Ya llamaste? ¿No? Tienes miedo, ¿eh?

—¿Cómo crees que mamá y papá reaccionarán si llamo a otro planeta?

—Ah, buen punto.

Se quedaron los cuatro en silencio, mientras intentaban buscar una solución.

De pronto, sonó el teléfono.

Katie, que estaba más cerca, atendió:

—¡Muy buenos días! Se comunicó con la residencia Berry. ¿En qué puedo ayudarle? —dijo con una voz profesional y jovial, completamente distinta a su tono normal. Había aprendido a atender el teléfono de ver a su madre, que era recepcionista en un consultorio médico. (Si Sean hubiera atendido hubiera dicho algo como: “Ey, hola”, que siempre hacía que la persona al otro lado de la línea dijera: “Mmmm, ¿disculpa?”). Luego de una pausa, Katie volvió a hablar—: ¿Nicola Berry? Veré si está disponible. ¿Quién la busca?

Sean resopló.

—Shhh —dijo Tyler, señalando a Katie, quien abrió los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Quién es? —preguntó Nicola.

—Es el comandante en jefe del planeta Shobble, y quiere hablarte —dijo Katie y le entregó el teléfono.